

NUNCA DIGAS NUNCA

No quería ponerme a hacer la maleta, no quería irme. Esta había sido mi casa durante toda mi vida y ahora no quería marcharme. No estaba preparada para irme a vivir con mi tía, a la que hacía que no veía. Me había dicho mi madre que mi tía se había casado con un hombre que tenía un hijo más o menos de mi edad, pero claro, cuando me lo contó yo tendría más o menos seis o siete años así que no me interesaban mucho los chicos. Ahora tenía algo de más curiosidad por saber cómo sería mi primo, si se le podía llamar así ya, que en realidad, no lo era. Pero bueno, lo mejor sería ponerme a hacer la maleta y olvidarme de todo...

Después de una hora guardándolo todo decidí tumbarme un rato en la cama a ver si podía descansar algo, pero en cuanto me quedé dormida todo lo que había pasado volvió a repetirse como una pesadilla que tenía todos los días: Yo, tan tranquila, en mi casa, sola, cuando de repente me llaman al móvil, es mi madre. Cuando lo cojo escucho una voz que no es la de mi madre "¿dónde está mi madre?" es lo único que pude decir. Acto seguido la otra persona me está contando algo, pero estoy paralizada. Las únicas palabras que he podido escuchar son madre, avión, accidente y muertos. No. No puede ser. Mi madre no, por favor. Antes de colgar pregunto a donde tengo que ir: Hospital Santa Magdalena, en la capital. Menos mal que no vivimos tan lejos. Cojo el bolso con algo de dinero y el móvil y salgo corriendo hasta la estación. Después de una eterna media hora por fin llego a la capital y en unos diez minutos estoy en la sala de espera de aquel hospital. Veo que sale un médico y que se dirige hacia mí. Luego me dice aquello que nunca podré volver a pronunciar. Al momento estaba llorando. Aquel médico me acompañó a la habitación donde yacía mi madre. Cuando la vi pegué un grito y los ojos se me empezaron a llenar de lágrimas y empecé a ver borroso y... me desperté. Estaba harta de soñar todos los días con lo mismo... Miré el reloj:

las seis y media ya era hora de irme. En momentos así me gustaría tener a mi padre aquí, a mi lado, pero eso era imposible, nos abandonó cuando yo era pequeña y ya no ha vuelto nunca. Pero bueno, eso era cosa del pasado... respiré hondo y cogí las maletas. Ya me había despedido de todos así que solo tenía que irme al aeropuerto y adiós a esta ciudad. Lo que mis amigos no entendían era como era capaz de montarme en un avión después de lo que había pasado pero si no, ¿cómo me iba? ¿En qué coche o autobús? No. Serían muchas horas de viaje y al final acabaría muerta de cansancio. Era mucho mejor el avión. Cuando por fin bajé todas las maletas el taxi, que me llevaría al aeropuerto, ya había llegado. Me monté y salí para mi destino.

Cuando el avión estaba despegando, pensé el pánico y el miedo que tuvo que tener mi madre y justo en ese momento, el avión empezó a moverse, eran turbulencias. Yo no me preocupé, total si pasaba algo podría estar con mi madre. Pero al final, no sé si por suerte o por desgracia, las turbulencias pasaron y todo el vuelo siguió normal.

Cuando llegué al otro aeropuerto vi que mi tía y una niña pequeña me estaban esperando. Lo cierto es que me alegró mucho verlas. Hacía tanto tiempo que no veía a mi tía y me alegraba tener a alguien de mi familia a mi lado. La niña era mi prima y se llamaba Lucía. Era rubia y de ojos azules. Una niña realmente guapa, algo tímida al principio pero cogía confianza rápido. Al llegar a casa solo se oía el ruido de la "tele" así que mi tía me dijo:

-Pues vas a conocer a tu primo ahora.

Mi primo... sonaba raro. En verdad no era mi primo, no tenía mi misma sangre ni teníamos los mismos genes. Seguro. En cuanto pasamos al salón me fui rápido para arriba quería recoger mis cosas antes de conocer al que iba a ser mi vecino de habitación pues la suya estaba justo al lado de la mía. Lo bueno de esta habitación es que tiene baño propio, lo malo es que no era solo

mío... daba también a la habitación de Pedro que así se llamaba mi primo.

Cuando terminé de guardarlo y recogerlo todo bajé, era casi la hora de cenar y me apetecía cocinar algo. Era una de mis mayores aficiones siempre me había gustado cocinar y hacer tartas o postres. Cualquiera cosa que implicase cocinar o algo de comida, me gustaba. Como vi que no había nadie en la cocina, empecé a sacar lo que necesitaba. Pensé que les apetecería una pizza o una lasaña, no estaba segura. Mejor una lasaña. Sí. Saqué la bechamel, el tomate, la carne y todo lo demás y empecé a cocinar. La cocina se empezó a llenar de un sabroso olor. En cuanto metí la lasaña en el horno, me fui al salón. El único hueco libre era al lado de Pedro. Me senté y me puse a hablar con una amiga, cuando me dijo:

-¿Has hecho tú la cena?

Le miré desconcertada.

-Sí, he hecho lasaña

-¿De carne? - asentí y siguió hablando - Espero que termine de hacerse lo antes posible, ¡me muero de hambre!

-Pues ya debe de estar ter... - en ese momento sonó la alarma - si me ayudas a poner la mesa cenaremos cuanto antes.

Al segundo estábamos los dos en la cocina. Entre risas y tonterías pudimos poner la mesa y apartar la comida.

Después de cenar (la verdad es que la lasaña me salió buenísima) Pedro y yo nos fuimos a su cuarto y estuvimos contándonos cosas, como si de dos viejos amigos se tratara. Cuando mis tíos se fueron a dormir, vi la hora que era: la una de la mañana. Lo mejor sería irme a la cama ya, a ver si podía descansar de verdad. Me despedí de Pedro y me fui a mi habitación. Me acosté, tardé en dormirme, tenía que acostumbrarme a mi nueva cama. Dormí perfectamente, pero

sobre las seis me desperté, aún era temprano para levantarme así que me volví a dormir, pero por desgracia volví a tener esa pesadilla que me estaba persiguiendo durante todo el mes y parte del anterior. Me desperté y vi a Pedro, como asustado, sentado a mi lado. Su voz tranquilizadora y amable me repetía una y otra vez que me calmase, que no pasaba nada. Seguro que había gritado y todo. Tenía la cara empapada de lágrimas. Poco a poco me fui calmando. Pero cuando Pedro me dio un abrazo se me volvieron a escapar las lágrimas.

En Pedro encontré cosas que en ningún otro chico pude encontrar, era como mi hermano, me cuidaba, me mimaba, nos lo contábamos todo, era alguien en quien podía confiar. Siempre que me pasaba algo se lo contaba. Yo lo sabía todo de él. Eso era lo que no podía decirle, porque si no ¿qué iba a pensar? ¿qué estaba loca? Porque enamorarte de tu primo es bastante raro, pero claro, yo a él no lo veía como a un primo, era más bien como un amigo, mi amigo, como un compañero de piso, ni siquiera teníamos el mismo apellido. Se todas formas estaba claro que él no sentía lo mismo por mí o al menos eso creía yo.

Al mes y medio de haber llegado, mis tíos me matricularon en el mismo instituto en el que estaba Pedro. Allí me hice muy amiga de dos chicas que se convirtieron en hermanas para mí. Ellas eran las únicas que sabían lo que sentía por Pedro. Los fines de semana solía salir con ellas, aunque había días que me quedaba con Pedro en los que yo le enseñaba viejas recetas o él me enseñaba los más bonitos de aquella ciudad en la que vivíamos. Con cada lugar que visitábamos me quedaba más asombrada.

Un día en el que estaba algo más triste y pensativa, Pedro pensó que sería buena idea llevarme a visitar un lago no muy lejos de nuestra casa. No tardamos mucho en llegar, puede que unos diez minutos,. Al llegar me quedé totalmente paralizada del asombro. Aquel lugar era espectacular. El lago estaba rodeado de árboles frondosos y verdes, de un verde precioso. El lago tenía el agua totalmente cristalina.

-No mucha gente conoce este lugar, así que siéntete afortunada
- como veía que seguía alucinando con aquel lugar continuó hablando - bueno, ahora que estamos aquí, cuéntame qué te pasa y no me vayas a decir que nada, te conozco y sé que te pasa algo.

-No, nada, enserio... - se me notaba en la voz que estaba nerviosa, que ocultaba algo... pero no era capaz de contarlo.

-Sí que te pasa... ¿es por un chico?

Suspiré lo suficientemente hondo como para que me escuchase y le dije que sí. Después de insistirme e insistirme me convenció y se lo conté todo. No podía aguantarme más. Se lo tenía que contar ya si no iba a explotar. Le dije que no lo veía como un hermano ni como un primo y que me inspiraba fuerza para seguir adelante con todo lo que me estaba pasando. Ningún chico, nunca, había sido tan cariñoso y amable conmigo. Me encantaba todo lo de él: su sonrisa, sus ojos, su forma de ser... todo. Cuando terminé de contárselo Pedro me abrazó.

-No sé qué decirte... la verdad es que me has abierto los ojos y he visto en ti a una chica fuerte, no todos son capaces de superar una pérdida tan importante y de verdad eres una chica estupenda, me encanta estar contigo, en serio y ¿sabes qué? La verdad es que me gustas. Desde el momento en que te vi me pareciste preciosa, tan guapa y tan... no sé, no sé cómo explicarlo.

-Pedro...

-Dime...

Le miré fijamente a esos ojos marrones tan bonitos que él tenía y por fin se lo dije:

-Te quiero

-Yo más preciosa, te lo aseguro y voy a estar aquí contigo para demostrártelo. Voy a estar para todo lo que necesites.

Y esta es mi historia. Mi historia de amor. Sé que a lo mejor no es como las demás historias de amor de otras chicas, no todas tienen que ser iguales, al revés todas se diferencian unas de otras y esos pequeños detalles es lo que las hace especiales. Y ya me despido dándoos un consejo: nunca digas nunca porque no sabes lo que el futuro te tiene preparado. Hay que saber afrontar los problemas y seguir adelante siempre. Todo es posible.

MARÍA LUISA REYES CONDE. 14 años
Colegio Montessori
Huelva